



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Laudatio de la Dra. Celia Amorós Puente en
el Acto Académico de Entrega de la Medalla
de la Universitata de València

València, 10 de Marzo de 2017

Excelentísimo y magnífico Sr. Rector
Excelentísimas Sras Vicerrectoras y Sres. Vicerrectores
Ilustrísima Sra. Secretaria General
Querida Celia y familiares de Celia Amorós
Autoridades y distinguidos invitados
Miembros de la Comunidad Universitaria
Señoras y Señores, amigas y amigos

Es para mí un gran honor, como profesora de esta universidad, y me siento muy honrada, en representación del Institut Universitari d'Estudis de la Dona (IUED), por la designación para pronunciar la laudatio en este solemne acto académico de concesión de la Medalla de la Universitat de València a la profesora Celia Amorós. Quiero agradecer al Consell de Govern la aprobación de la propuesta planteada por las Facultades de Filosofía y CC.EE. y de Psicología, por iniciativa de la Unitat de Igualtat y con el respaldo del IUED. También quiero expresar mi agradecimiento al Sr. Rector Esteban Morcillo y a su equipo de gobierno, en especial al Vicerrector de Cultura e Igualdad, Antonio Ariño, y a la Directora de la Unitat de Igualtat, Amparo Mañes, por el interés mostrado en la organización de este acto.

Comenzaré exponiendo una breve reseña curricular de su vida académica, para pasar a continuación a destacar retazos de su pensamiento filosófico feminista, y finalmente mencionaré algunas vivencias de tono personal.

Reseña curricular

Celia Amorós Puertos nace en la ciudad de Valencia y es aquí donde cursa estudios universitarios, en la entonces denominada Universidad Literaria, obteniendo la Licenciatura de Filosofía en 1969. Un año más tarde recibe el Premio Extraordinario por su Tesis de Licenciatura que versó sobre *el concepto de razón dialéctica en Jean Paul Sartre*. Desde el curso académico 1969-70 pasa a ser profesora no numeraria (PNN) en el Departamento de Lógica y Filosofía de la Ciencia, y es también en la Universidad de Valencia donde obtiene el Grado de Doctora en 1973 con la tesis titulada *Ideología y pensamiento mítico: en torno a Mitologías de Claude Levy Strauss*. En Valencia nace también su hija Celia, que lo es igualmente del que fue profesor de esta universidad Josep Vicent Marqués.

Desde 1976 hasta 1985 ejerce como docente e investigadora en el Departamento de Historia de la Filosofía de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), obteniendo en 1985 la Cátedra de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Al inicio del nuevo milenio vuelve a la UNED, en esta ocasión al Departamento de Filosofía y Filosofía Moral y Política, primero en comisión de servicios, y desde febrero de 2005 pasa a ser Catedrática de Filosofía de la UNED. En la actualidad está jubilada, reside en Valencia y está casada con el profesor Fernando Quesada.

Durante sus más de cuarenta años de vida académica en activo Celia Amorós ha desarrollado una obra inmensa. Su *Curriculum*

Vitae está cargado de libros, traducciones, artículos, direcciones de tesis, participaciones en congresos y conferencias. También ha hecho estancias en las universidades de Harvard, Cambridge e impartido Seminarios especializados en las de Utrecht, Massachussets, Méjico, B. Aires, Managua, por no citar más que algunos de los países más destacados. Evito mencionar las nacionales porque tendría que repasar la geografía española casi al completo. Por todo ello, ha recibido premios en reconocimiento a sus aportaciones filosóficas feministas. Sirvan como ejemplo, el Premio María Espinosa de ensayo por su obra *Feminismo y partidos políticos* (1980), El Premio Nacional de ensayo, primero otorgado a una mujer, por su libro *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias para las luchas de las mujeres* (2006), o el Premio Clara Campoamor del Gobierno Municipal de Madrid (2016). Recientemente la Diputación de Valencia ha instaurado la primera edición de los *Premios Celia Amorós* contra la violencia de género, en reconocimiento a su labor como filósofa y ensayista.

A lo largo de su vida Celia ha construido un pensamiento propio, basado en la reflexión y en la acción académica y política. Su máxima de que “*conceptualizar es politizar y politizar implica conceptualizar*” la ha puesto en práctica durante todos estos años. Ella misma fue militante del Frente de Liberación de la Mujer de Madrid hasta 1980 y en 1987 fundó el Seminario Feminismo e Ilustración en la UCM, que desde sus inicios colaboró estrechamente con el Seminario Interdisciplinar de Investigación Feminista, creado ese mismo año. Por mediación de la profesora Neus Campillo, que participó en el Seminario de la UCM, Celia vino a Valencia, en diversas ocasiones, para impartir su magisterio y participar en los debates de la época. Tres

años más tarde, el Seminario Feminismo e Ilustración se transforma en Instituto Universitario, con el nombre de Instituto de Investigaciones Feministas de la UCM (1990), siendo ella su primera directora. De nuevo aquí hay un paralelismo con el Seminari de nuestra universitat que en 1992 se convierte en el actual IUED.

Filosofía y feminismo

Si es difícil resumir su obra filosófica y política por el dilatado volumen que tiene, todavía resulta más complicado tratar de ofrecer una reseña de su pensamiento y de su valiosa contribución para desvelar los múltiples formatos que adopta la discriminación patriarcal a lo largo del tiempo. En un momento de pluralidad feminista, como el presente, en donde la diversidad ha aportado savia nueva pero, al mismo tiempo, la dispersión ha contribuido a invisibilizar el bosque, la filósofa Celia Amorós ha expuesto lisa y claramente que el Feminismo en mayúscula tiene un sujeto propio: que son las mujeres y un objetivo central, bien definido, que todavía representa un desafío para el siglo XXI, como es: acabar con las relaciones intersexuales de dominio/sumisión.

Para ilustrar su idea sobre el sujeto y el objeto del Feminismo, voy a servirme de un ejemplo, en forma de relato breve, que recibí por whatsapp en un grupo de intercambio de mensajes hace pocos meses: *Se encuentran el ya hoy expresidente de EE.UU, Barak Obama, y su esposa Michael en una cena oficial. Al repasar el listado de cocineros, Michele reconoce inmediatamente el nombre de un antiguo novio suyo. Al iniciar el baile, Obama le dice de forma maliciosa: “si te hubieras casado*

con él probablemente ahora serías cocinera”, a lo que ella responde: “no querido, creo que te equivocas. Si hubiera sido así, seguramente sería él y no tú quién estaría ocupando la presidencia.

Este relato actual puede ser útil para analizarlo en clave feminista, exhibiendo los modos tan distintos de fantasear con el poder por parte de los hombres y de las mujeres, en un contexto de igualdad formal pero de profunda desigualdad real o fáctica. Amelia Valcárcel, discípula de Celia y gran estudiosa del poder en relación con las ideas de igualdad, individualidad y pacto, habla de un espacio precívico, en el que a las mujeres se nos otorga un poder inexistente, sabiamente escondido, cuya manifestación social se cumple con el deber de agradar a los demás.

Pero tan importante o más que el ejemplo en sí, ha resultado para mí la serie de comentarios y exclamaciones que inmediatamente se desataron en el grupo de whatsapp. Las frases más repetidas fueron: “qué historia tan bonita” o “es real como la vida misma”, sin mayor cuestionamiento. Afortunadamente no aparecieron comentarios misóginos ni réplicas agresivas o airadas. La contraposición que Celia Amorós establece entre “los iguales” y “las idénticas”, descrita con detalle en su trabajo sobre *Igualdad e identidad*, ayuda a diagnosticar la tremenda desigualdad que implica construirnos psíquicamente desde la individualidad o desde la fragmentación. En mis clases de Psicología, al hablar de subjetividades masculinas y femeninas, he utilizado con frecuencia estos referentes conceptuales, con buenos resultados por su hábil comprensión.

Gran parte de su original reflexión feminista queda recogida en los abundantes textos escritos por ella. En aras de la brevedad, voy a referirme a tres que, desde mi particular entendimiento, son fundamentales para aproximarnos a sus ideas y seguir su evolución a lo largo del tiempo, ya que se corresponden con tres décadas, la de los ochenta, la de los noventa y la primera del siglo veintiuno. Ellos son: *La crítica de la razón patriarcal* (1985), *Tiempo de feminismo: sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad* (1997) y *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias para las luchas de las mujeres* (2005). El primero fue editado por Anthropos y los dos últimos se han publicado en la Colección Feminismos, vinculada a la UV (y al IUED) y dirigida durante muchos años por la profesora Isabel Morant.

En *La crítica de la razón patriarcal*, reeditado en 1991 por la repercusión que tuvo, plantea una lectura, en clave feminista, de determinados discursos filosóficos emblemáticos, desarrollados por autores que se estudian en los libros de texto de las enseñanzas medias. Carol Gilligan había tenido un propósito similar respecto de la disciplina psicológica cuando en 1982 escribió *In a different voice*, la voz de las mujeres ausentes en las teorías y prácticas psicológicas. El repaso que hace Celia de la filosofía de Aristóteles, San Agustín, Kant y Hegel, desvelando sus complicidades patriarcales, es incisivo y brillante. Por descontado que ella no rechaza la razón ni aboga por ningún tipo de intuición específicamente femenina, sino que centra su reflexión en desvelar los sesgos androcéntricos presentes en una tradición filosófica que reclama para sí el carácter universal y la neutralidad de la ciencia.

La reconstrucción histórica de las relaciones del pensamiento feminista con la Ilustración y las implicaciones que de ella se derivan es el objeto central de análisis del segundo texto: *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad* (1997). El feminismo, tanto como teoría crítica como en su derivada directa la praxis política, forma parte del proyecto ilustrado. Utilizando sus propias palabras, ella aclara: “Las exigencias feministas son producto de los ideales emancipatorios de la Ilustración radicalizando los discursos conceptuales de la Modernidad... y representan la vindicación de la salida de las mujeres del espacio de las idénticas para alcanzar el estatus de individuo entre los iguales”. El filósofo Javier Muguerza calificará los ideales feministas como la cara romántica de la Ilustración. Pese a todo, el pensamiento feminista se suele ignorar o pasar de soslayo en los debates filosóficos contemporáneos. De ahí que, con su ironía habitual, ella lo califique como la Cenicienta de la Ilustración.

Pero, si bien el Feminismo es deudor de la Ilustración, aunque sea en calidad de hermana pobre, se puede erigir también –y ésta es la propuesta que Celia elabora- en un espacio privilegiado de análisis crítico para evidenciar los sesgos de género de los que se sirven una mayoría de filósofos para legitimar el patriarcado. Recurriendo nuevamente a los cuentos infantiles, ella dirá que el Feminismo no solo es la Cenicienta sino que también, en clave positiva, puede hacer el papel de Pepito Grillo para tomarle el pulso y descubrir los puntos más vulnerables y contradictorios de la Ilustración.

Otro tema que la filósofa valenciana plantea de forma reiterada, tanto en este libro como en otras muchas de sus reflexiones, es el referido

al origen de las desigualdades entre mujeres y hombres proponiendo la necesidad de un relato histórico. Hace pocos meses estuvo Amalia Valcárcel en Valencia impartiendo una conferencia durante la celebración del décimo aniversario del “Máster en Género y Políticas de Igualdad”. Planteaba que las desigualdades entre ambos sexos se han legitimado históricamente recurriendo, primero, a las leyes divinas expresadas a través de la voluntad de los dioses, que pasan a ser sustituidas, más adelante, por las leyes lógico/científicas sobre *la naturaleza humana*. Al estudio del significado que la Ilustración asigna a este concepto también le dedica Celia alguna atención. Para los filósofos de la Modernidad, la naturaleza humana no se conceptualiza como naturaleza biológica. El origen de la subordinación de las mujeres no radica en la inferioridad de su fuerza física ni siquiera en su alma débil determinada por el sexo, sino en la falta de educación de sus talentos. Los individuos son producto de su ambiente y su medio cultural y la naturaleza se construye sobre valores normativizados, siendo el valor simbólico que se adjudica a las mujeres. Sin embargo, desde ese común reconocimiento, autores como Poulain de la Barre o también Olympe de Gouges recurren a esa naturaleza normativizada para demandar el reconocimiento de los derechos de ciudadanía de las mujeres. Mientras que otros, por el contrario, los utilizarán para ratificar el orden patriarcal al afirmar que las mujeres no deben ser sujetos del contrato social, quedando su función limitada al de guardianas de los valores del estado de naturaleza en el espacio privado. Tal será la postura de Rousseau defendida en el Emilio y en particular en la educación de Sofía.

El último capítulo del libro lo dedica al estudio de la relación entre feminismo y postmodernidad, calificándola de *liaison dangereuse*. La deconstrucción del criterio de universalidad favorece la emergencia del reino de las diferencias. Con algo más que escepticismo y sospecha, Celia alerta sobre los piropos epistemológicos que algunos autores postmodernos dedican a las mujeres. Incluso, los más osados se definirán a sí mismos como mujeres simbólicas, connotando lo femenino como categoría ontológica más allá de las mujeres e identificándolo con todo lo que reviste bondad y es valioso. Las complejas relaciones entre feminismo, postmodernidad y diferencias constituyen el objeto de estudio del tercer texto, que paso a comentar.

El libro titulado *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias* es tremendamente clarificador respecto del camino que falta por recorrer para la emancipación de las mujeres, en un comienzo de siglo turbulento en el que la globalización neoliberal muestra su cara más perversa, como se constata día a día con el incremento continuo de la feminización de la pobreza, de la economía sumergida y el desmantelamiento del estado de bienestar. Este lado cruento queda oscurecido cuando se nos ofrecen cifras globales sobre el crecimiento macroeconómico o acerca del libre albedrío en la sociedad mercantilista actual. La aparente igualdad en la que vivimos no puede hacernos olvidar datos alarmantes, tales como el incremento incesante de la violencia machista, la pervivencia de la brecha salarial, o el comercio sexual y la trata de mujeres que circulan impunemente por los denominados países desarrollados y que representa junto con el tráfico de armas y de droga tres fuentes elevadísimas de enriquecimiento económico.

De nuevo la sagacidad de Celia está presente en esta obra empezando

por su título. En la Introducción comenta su inspiración en una obra, publicada en Alemania durante los años 70, con el título: *La pequeña diferencia y sus grandes consecuencias* en la que su autora (Alice Schwarzer) destacaba la desproporción entre la constatación del dimorfismo sexual de la especie humana, que ella juzga pequeño, y la magnitud construida por las culturas patriarcales alrededor de este hecho. Esa pequeña diferencia, dirá Celia, durante la década de los ochenta se magnifica entablándose un debate internacional en torno a las conceptualizaciones sobre los sexos, en el que participan autores y sobre todo autoras, entre las que cabe destacar Luce Irigaray, Michel Foucault, Nancy Fraser o Judith Butler, entre otras

Celia se apasiona contra el discurso que exalta la diferencia sexual, tomada como un criterio básico sobre el que se construye una ontología, una ética de salvación y una política de lo simbólico. La feminidad, dotada de virtualidades no contaminadas por el poder, se ofrece como una utopía en un mundo nuevo, tolerándose incluso la feminidad normativa subversiva en tanto en cuanto ésta se mantenga en los reductos de la marginalidad. La diferencia, dice la filósofa, es un hecho, mientras que la igualdad es un valor del orden de lo ético que es necesario construir en lo social. Alerta sobre el peligro de convertir la feminización en una estrategia retórica que contribuya a despolitizar la ocupación del espacio socialmente relevante que el feminismo reclama para las mujeres.

No obstante, en la polémica que ella entabla con el pensamiento de la diferencia, se muestra más cercana para establecer un diálogo con la tradición cultural anglosajona y norteamericana, por su carácter

vindicativo y crítico con el androcentrismo, que con las versiones europeas, tanto francesa como especialmente la italiana

En sus investigaciones más recientes, sobresalen sus trabajos sobre feminismo y multiculturalidad. Estudiosa del mundo musulmán, rastrea lo que ella denomina “vetas ilustradas” en diversas culturas y en especial en la cultura musulmana y trata de buscar puntos de encuentro en la construcción de la igualdad entre las mujeres de diferentes procedencias territoriales y culturales. Los derechos humanos y los derechos de las mujeres en el contexto del multiculturalismo los ha expuesto en sus clases, debatido en los numerosos seminarios y encuentros en los que ha participado, tras haber dirigido varios proyectos sobre Feminismo, Ilustración y Multiculturalidad.

Acerca de su persona

Descrita por sus discípulas como persona auténtica, de gran honestidad intelectual y gran potencia de pensamiento filosófico. Filósofa en estado puro y Maestra con mayúscula, dirá Alicia Puleo. Mujer sencilla, clara, espontánea y reflexiva son también calificativos apropiados para nombrarla. Permitidme que para terminar, me refiera a dos anécdotas de mi relación personal con Celia que pienso resultan ilustrativas de su manera de ser y de actuar. Cuando se trata de conocer la “naturaleza” de una persona, a veces las anécdotas proporcionan una información más valiosa que las categorías conceptuales discursivas. La primera no tiene que ver realmente con una relación personal mía con ella. Remite a la impresión que me produjo la primera vez que la vi y la escuché en una conferencia. Debía ser a finales de los años 70, Celia posiblemente ya vivía en Madrid y vino para participar en

algún encuentro. El escenario era concretamente el Salón de Actos de lo que hoy es la Facultad de Geografía e Historia. Yo había oído hablar mucho de ella, en la Universidad de Valencia ya gozaba de buena fama, pero no la había visto nunca ni había leído nada de sus escritos. Por esa época, en la que yo era una PNN principiante, en el circuito de profesorado universitario progresista solíamos vestir de uniforme, aunque éste fuera libremente elegido. Con un fuerte tono asexuado, el uniforme era prácticamente idéntico para chicas y chicos y consistía en pantalones de pana negros o muy oscuros, con jersey de color similar, bufanda de cuadros alrededor del cuello y zamarra colgada del hombro. Cuando subió Celia a la tarima de la sala, me quedé muy sorprendida por su vestuario: llevaba falda plisada, ropa clara y bolsito de señorita prendido del brazo. Coincidente, más o menos, con el vestuario de las mujeres de la serie Cuéntame en la década de los 70. La sorpresa se intensificó al escuchar su tono de voz caracterizado por ser bastante agudo. Pero, a los cinco minutos de iniciar la charla me quedé colgada de su pensamiento. Supongo que no entendí gran parte de lo que nos dijo pero me llamó la atención la potencia de su discurso y suscitó en mí el interés por explorar el mensaje de “los iguales y las idénticas” que, como ya he comentado, he utilizado a menudo como recuso didáctico

La segunda anécdota sí que coincide con mi primer e íntimo encuentro con Celia Amorós. La Asociación Universitaria de Estudios de las Mujeres (AUDEM), creada en la década de los ochenta, organizaba encuentros anuales o bianuales con la escasa dotación presupuestaria de la que disponíamos, procedente fundamentalmente de una de las partidas de ayuda del Instituto de la Mujer. Como el

dinero era escaso, el criterio de compartir habitación, al menos 2 personas, se aplicaba a rajatabla. Si desde tu propia universidad salías acompañada el acomodo lo decidían las propias interesadas. Pero si ibas sola, la organización te emparejaba con alguien que estuviera en tu misma circunstancia de otra universidad. Creo que el encuentro era en Alicante, Elche o Murcia, no lo recuerdo muy bien. Lo que sí sé es que yo llegue por la noche, tarde, sola y con sueño; y que las compañeras ya se habían ido a cenar y opté por acostarme en lugar de salir a su encuentro. Al entrar en la habitación me percaté de que en lugar de 2 camas individuales había una única de matrimonio. Al poco me venció el cansancio y me dormí al instante. A la mañana siguiente al abrir los ojos lo primero que vi a mi lado fue la cara redondita de Celia. La situación era un poco intimidatoria, a mí me dio una mezcla de apuro y vergüenza. Pero, ella, con esa naturalidad que la caracteriza, me tendió la mano y dijo: “soy Celia Amorós, encantada de conocerte”. Y añadió: “habrá que hablar con las organizadoras para convencerlas de que hay que poner límites al voluntarismo feminista”. A continuación se levantó, fue al baño y al salir comentó: “me vas a perdonar pero tengo problemas de espalda y debo dedicar un rato a hacer el pino en la pared. Si el baño fuera grande te evitaría el espectáculo pero no es el caso”. Por mi parte, la tensión se rebajó de forma inmediata. Es muy probable que ella no recuerde esta historia. De esto, como de casi todo ya hace más, no de veinte (parafraseando a Jaime Gil de Biedma), sino de treinta años. Pero debo confesar que, de vez en cuando, leyendo algún intrincado y denso texto suyo, me viene a la memoria su imagen bocabajo colgada de la pared y evocarla me enternece y genera en mí una sonrisa de complicidad y añoranza.

Querida Celia, sé que durante muchos años no has gozado de una salud formidable y soy consciente de que tus achaques físicos se inician pronto. Pero, a pesar de todo, creo que eres una persona afortunada. Tu extraordinaria cabeza te ha permitido escribir una obra muy valiosa, que nos ha ayudado a muchas mujeres, y espero que también a bastantes hombres, a pensar, a tener un entendimiento cabal del feminismo y a tenerte como modelo de coherencia personal, académica y vital. Has creado escuela. Tu gran corazón te ha permitido tejer a tu alrededor un nicho afectivo amplio y bien cubierto. Pasarás a la Historia como filósofa destacada, feminista íntegra y persona honrada **¡Se puede dejar mejor legado!**



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA